

ECONHUMOR

CARLOS RODRIGUEZ

BRAUN

¿SE EQUIVOCÓ SMILEY O MINTIÓ?
PAUPER OIKOS INTENTA DESENTRAÑAR
EL PAVOROSO DILEMA DEL PAVOROSO
EX PRESIDENTE Y COMPRUEBA
QUE, EN REALIDAD, ES UN TRILEMA:
ERROR, MENTIRA Y OLVIDO



DESMEMORIAS DE SMILEY

PAUPER OIKOS ENCONTRÓ A SMILEY RONCANDO FELIZ A LA SOMBRA de uno de sus impuestos, una sombra relativamente pequeña porque Barbie los subió todavía más. Le susurró al oído: "Libertad", y Smiley despertó súbitamente.

—Qué terrible dilema, Pauper —dijo sonriente, porque él, como otros enemigos de la libertad, es simpático—. Mira, del 11 al 12 de mayo de 2010 apenas dormí. Era un dilema acuciante. O recortabas o podías alimentar la espiral de la falta de solvencia, del riesgo sobre el cumplimiento de nuestros compromisos de deuda. Y qué contradicción para

la mayoría de los ciudadanos, especialmente para nuestros votantes. El Gobierno que más había ampliado los derechos sociales y las políticas de igualdad de oportunidades, el Gobierno que más había elevado el gasto social en menor tiempo, se veía abocado a dar un frenazo a la política de la que más orgulloso se sentía: el fortalecimiento del estado de bienestar.

—Qué curioso —apuntó el economista—. Hablas como si lo que pasó antes de 2010 fuera independiente de lo que sucedió después. Si tuviste que frenar el crecimiento del gasto fue, precisamente, porque tú mismo lo habías subido irresponsablemente.

—Pero si había superávit fiscal y la deuda era baja! —protestó Smiley.

—Eso no fue mérito del Gobierno, sino resultado de una expansión animada por una burbuja y que, en consecuencia, no era sostenible. Cuando vino la crisis...

—¡Ah! La crisis... —suspiró el expresidente con los

JESÚS MARTÍNEZ DEL VAS

ojos en blanco progresista—. La crisis fue consecuencia de un gran crecimiento de la economía financiera, que adquirió una dimensión global debido a los cambios tecnológicos y a la liberalización de los mercados financieros.

—Otra vez —replicó Pauper Oikos—. Hablas como si no hubiera responsabilidades políticas, como si no hubiera bancos centrales. La culpa de todo es de la libertad, de los malditos mercados...

Había pronunciado la contraseña fatal. En plan Luke Skywalker, con la espada láser de la Agencia Tributaria, Smiley se puso de pie y proclamó:

—He estado tres años peleando con los mercados, que tienen ojos y cara, y reaccionan agudizando nuestras dificultades, retirando inversiones y deprimiendo a buena parte de nuestras economías.

—Son personas, con cara y ojos, y además con cartera, y la protegen, claro —objetó el economista.

—Y siempre a favor de Europa —dijo Smiley, ignorándolo olímpicamente—. Sería hipócrita ignorar ahora que el euro nació como un hito en el proyecto europeo, con un amplio respaldo del mundo económico y con un gran apoyo social.

—El euro no tuvo apoyo social. ¡El euro era obligatorio! —saltó Pauper Oikos, alarmado ante el delirio del expresidente.

—Lo que necesitamos es un BCE que actúe como un verdadero banco central —continuó Smiley, imperturbable—. Y un Tesoro europeo que sea el único emisor de deuda.

PAUPER OIKOS CONCLUYÓ QUE EL ILUMINADO LÍDER NO PODÍA EQUIVOCARSE TANTO. ERGO, MENTÍA. COMO SI LO HUBIERE ESCUCHADO, SMILEY LE APUNTÓ CON LA ESPADA FISCAL Y LE DIJO:

—Me equivoqué, pero no mentí. No pude vencer la crisis, pero evitamos el rescate de nuestra economía, y tuvimos como prioridad mantener la cohesión social.

—Es el mismo disparate que sueltan Barbie y su pandilla usurpadora.

—Compartimos muchas cosas —reconoció Smiley—. Odiamos la libertad, y creemos firmemente en la burocracia y los impuestos. Después de todo, las sociedades europeas lucharon duramente más de un siglo, con los trabajadores al frente, por lograr el estado de bienestar.

—Eso es lo que os pasa: os olvidáis de todo, en especial de lo que no os conviene. Por ejemplo, de que el Estado de Bienestar no fue producto de ninguna lucha popular, sino otra imposición política de las autoridades de todos los colores, incluido Franco, claro.

Smiley sonrió sin responder. Otra vez, la desmemoria le había jugado una buena pasada. □



El pensamiento único demoniza a los mercados como si fueran agentes perversos que anhelan nuestros contratiempos. En realidad, están formados por personas que, hostigadas por la voracidad del poder, buscan defender sus ahorros y sus inversiones, lo cual acaba resultando beneficioso para todos